

## ***La democracia, entre el logos y el fuego***

*Pocos regímenes políticos tan solicitados por pueblos y naciones enteras como la democracia, y a la vez, ya instalada, con mayores detractores, al punto que, los mismos que la viven, la necesitan y la reclaman, son los que no la admiten del todo. Para los más radicales, la etapa democrática, entendida como consultas regulares a los ciudadanos, elecciones y partidos políticos, no es sino una etapa histórica, necesaria pero no definitiva. «Un periodo de acumulación de fuerzas». Pero el uso convencional de la democracia y su salto a «un régimen superior», no llega nunca, o por lo general lo sustituye alguna nueva versión del absolutismo de siempre. Si la democracia cuando es regular, tiende a la monotonía, lo son más sus sistemas sustitutorios. Así es como terminamos fatalmente recordando lo que decía Churchill, «la democracia es el peor de los regímenes, con la salvedad de que los otros son todavía peores». Pero ¿quién no se vuelve demócrata cuando faltan las libertades? ¿Y acaso no es verdad que nos llenamos de críticas y sarcasmos en cuanto se recobran las libertades fundamentales, entre ellas el derecho a decir y escribir lo que a cada quien le parezca? Democracia ¿amor y desamor?*

*Pero no adoptemos una actitud de censor moralista. El sociólogo estudia cómo las cosas se dan, incluyendo los imaginarios colectivos, y en este caso se sorprende pero admite la constitutiva ambivalencia. Jamás amada del todo, a la vez que reclamada, la manera cómo se vive la democracia resulta casi siempre, paradójica. «La naturaleza de la experiencia democrática luce su incertidumbre, su inacabamiento, la satisfacción y la insatisfacción de sus propios sujetos, los ciudadanos» (Pourquoi nous n'aimons pas la démocratie?, Seuil, 11 février 2010). «El hombre democrático», sostiene Myriam Renault, «hace de cada uno de nosotros, un ciudadano singular y personas éticas y políticas». Desde que decimos opiniones, y abrimos la boca, es para decir que no nos gusta ser gobernados, «por esos mismos, de esa manera, para esos fines».*

*Amar la democracia sería entonces cuestionarla. A condición de comprender —desde los griegos— que el espíritu crítico y el hábito del cuestionamiento no exonera a nadie del deber de cumplir con las leyes. Por una razón fundamental, ellas, las leyes, no bajan esta vez de los cielos, ni son fruto de una revelación. Ningún pueblo le pide hoy a un líder que suba a una montaña a recibir los mandamientos divinos. En los tiempos contemporáneos (desde 1789 cuando las aldeas enviaron sus delegados a caballo para que el reino se diera nuevas leyes) los enviados de los pueblos, en caso de urgencia, a lo que dan lugar es a una constituyente. La ley o constitución que de ella emerja, no será la culpa de ninguna voluntad extrahumana (y esta fue una las ideas fuertes de Cornelius Castoriadis) sino el resultado inmanente de «una comunidad de ciudadanos que se consideran autónomos y responsables, y se gobiernan legislando», y el filósofo añadía en sus inolvidables seminarios, «lo que no se hizo en un día, y pacíficamente, claro está» (en, Seminario, 10 de noviembre de 1982”, Lo que hace a Grecia, FCE, 2006, México, pp.44 y ss).*

**La Democracia. Entre el logos y el fuego**, Fondo Editorial USMP, Lima, 2011, pp. 15-16